

# DIARIO DE ESTOCOLMO

Por: Héctor Ceballos Garibay

1

Llegamos a Estocolmo a las 4.30 de la tarde. El sol no calentaba mayor cosa, pero resplandecía sobre el horizonte marítimo. Disfrutamos de un viaje confortable y apacible en el tren matutino que cruza la península escandinava, en dirección oeste-este, desde Noruega hacia Suecia; dos culturas paralelas y simbióticas, dos espíritus afines ligados por la geografía y la historia. Nora se muestra plena de alegría: le fascina esta ciudad donde vivió parte de su infancia y adolescencia, y cuya elegancia arquitectónica compagina armónicamente con el garbo aristocrático que ella misma descuella en su persona. Además de los buenos recuerdos, aquí viven Osip y Heda Kroyer, su padre adoptivo y su madre biológica. A pesar del cansancio del largo viaje, su rostro acusa una notable mejoría en su salud: ausentes las ojeras, labios coloridos, tez tersa y bien oxigenada. En pocas palabras, advierto por fin y de nuevo la faz de aquella mujer cautivadora y entusiasta que devotamente llevo en la memoria desde el primer día que la descubrí a lo lejos en el Museo Munch. Se ha restablecido por completo. ¿Acaso este resurgimiento de su vitalidad se lo debe a los antibióticos? O quizá sea el benigno efecto de tomarse algunos días de vacaciones en este espacio tan entrañable para ella, acertadamente prescritos por su médico familiar. Y yo, invitado de última hora al periplo, no quepo en mí de contento. Sobre todo ahora que Nora vuelve a comportarse afectuosa conmigo: acepta mis besos sin chistar, se dirige a mí utilizando un lenguaje salpicado de coquetería, y hasta tiene la delicadeza de apagar su cigarrillo cuando advierte que el humo comienza a fastidiarme. Con tanto apapacho súbito y acentuado nos asemejamos a cualquier pareja en almibarada reconciliación, luego de haber sostenido un amargo encontronazo pasajero. ¿Hasta cuándo? De nuevo, por fortuna, ella ha rescindido poco a poco en esos desplantes tan propios de su personalidad altiva. Por ejemplo: burlarse de la idolatría que siento por Edvard Munch, mofarse de mi atuendo anticuado y estrafalario, reprenderme por el horror que me provoca la obligatoriedad del baño diario. Desdichadamente, lo que ella más disfruta y a mí más me hiere, debo admitirlo, son sus reiteradas críticas a la sabiondez tras la cual suelo esconder los complejos de inferioridad que llevo auestas. Y sus sarcasmos me caen justo en la llaga, justo donde más me duele. No importa, la prefiero en actitud mordaz, siempre y cuando goce de plena salud. Por suerte, ya aprendí a soportar todo lo soportable: su

volubilidad, su altanería, su elegancia, sus secretos, sus escrúpulos, sus rabetas, sus denuestos, su donaire, su lucidez y su inhumana cercanía al estado de perfección. Ni modo, ¿qué sería del amor –esa pasión efímera que, con suerte, quizá termine en afectividad perdurable- sin cierta dosis inocua de masoquismo? A fin de cuentas, es verdad que tanto sus bromas acerbas como las discusiones aguerridas e interminables revitalizan y le confieren continuidad a nuestra todavía incipiente historia sexual e intelectual. ¿Hasta cuándo? Y, en efecto, el factor que nos unifica es la disparidad, la discrepancia, las asimetrías, la absoluta no identidad entre ella, Nora Kroyer, y yo, Daniel Ruiz. Lo reconozco sin chistar: la admiro sobremanera, y, ¡carajo!, aún no estoy seguro de si ella valora suficientemente esas virtudes que tanto me afano en presumirle. Imposible negar, sin embargo, la atracción-repulsión que yo le suscito gracias a mi condición física tan ajena al tipo común nórdico; eso y sólo eso explica el acendrado interés de Nora por mi persona. Así de dura y diáfana es la realidad. ¿Cambiarán con el tiempo estas inicuas reglas del juego? Mientras tanto, bienvenida sea la salud de Nora paulatinamente recobrada. Y bienaventurados también sean todos aquellos amores que sufren abismales caídas al fango y luego, más temprano que tarde, rebotan a tamañas alturas edénicas. Máxime si el cielo, de pronto, adquiere la indubitable imagen de Estocolmo.

Nora se citó con algunos de sus amigos suecos: una diseñadora de alta costura, un ejecutivo de la industria automotriz (donde su padre tiene acciones) y un primo suyo que hoy por hoy es la figura estelar del ballet sueco. Me excusé con ella: era preferible que no estuviera yo en tan íntima reunión de viejos contertulios. Así ellos no tendrían necesidad de hablar en inglés, ni se verían forzados a tomarme en cuenta por elemental cortesía. Nora sonrió a manera de agradecimiento. Me dijo que comerían en algún restaurante de Nybrogatan, la zona de moda. De esta forma quedé libre, libre para vagar a mis anchas por Gamla Stan, la vieja ciudad medieval que deseaba recorrer sin compañía alguna, a mi paso, regalándome un paseo por las angostas calles peatonales, deteniéndome a observar los bajorrelieves y los escudos de armas de las fastuosas casas que aún permanecen immaculadas. Solo y sin ataduras, podría caminar sin prisas, aspirando con fruición la pátina antiquísima de la catedral, del Palacio Real, de la gran plaza, de las fuentes, de los balcones, de las herrerías barrocas o neoclásicas. Y al final de la jornada turística saldría con parsimonia de la agraciada isla y andaría hacia el edificio de la Opera, punto axial de la ciudad desde donde se consigue una espléndida vista panorámica del entorno: los embarcaderos atestados de gente, los largos puentes que comunican el archipiélago, el mar calmo bañado de azul cerúleo, las residencias palaciegas circundantes, la magnificencia de las iglesias, el aura mayestática de los castillos, el verdor variopinto de los bosques y parques, y los barcos y las barcasas navegando en pos de su destino. Finalmente, tal como si lo hubiera pedido a la Diosa Fortuna, pude

revivir a mi manera la complacencia conseguida en mis dos visitas anteriores a Estocolmo, y volví a sentir esa placidez fugaz en donde nada ni nadie, ni siquiera Munch ni Nora ni México tenían existencia o algún valor significativo capaz de estropear la dicha que me embargaba. Un muy esporádico y por supuesto volátil estado de beatitud.

## 2

Ayer fue un día glorioso. Estocolmo irradiaba una luminosidad ofuscadora. Nos levantamos con un apetito descomunal, ansiosos por salir del hotel Astoria y comenzar cuanto antes a devorar lo que ofrecía el mundo exterior. Nora pasó toda la mañana ocupada en ajetreadas compras en la zona comercial aladaña al parque Berzellii: vestuario ligero para el verano, zapatos chatos y un sombrero blanco que usará en la rutilante boda que tiene en puerta nada más regresar a Oslo. (Todavía no he sido convidado a dicho acontecimiento social.) Nos citamos a comer en el restaurante Riche, a las 2. 30 de la tarde. Llegué demorado al festín; una tardanza previsible, pues mientras Nora usaba con desparpajo su *American Express* en función de renovar su guardarropa, yo me regocijaba la vista merodeando por los pasillos del Museo Nacional de Estocolmo. El tiempo, siempre escaso, corrió veloz y se transmutó en soplo divino en cuanto pisé el recinto. Y eso que, a principios del año, ya había tenido el privilegio de husmear todos los rincones de este edificio renacentista en afanosa búsqueda de obras de Munch. En la presente ocasión, una vez agotadas las pesquisas de rigor, descarté ver las salas dedicadas al Renacimiento italiano y a la pintura holandesa del siglo XVII. Me dediqué, entonces, a paladear con exclusividad ciertas joyas pictóricas que se me ofrecían a raudales: los cuantiosos Rembrandts, la excepcional colección de cuadros del Rococó francés (Watteau, Boucher, Fragonard, Rigaud), la sobriedad clásica de los Chardins, y, ¿cómo olvidarlo?, la nutrida y valiosísima muestra de maestros impresionistas y postimpresionistas. A manera de postre, durante la última hora que aún me restaba emprendí un exhaustivo análisis crítico de dos autores suecos contemporáneos de Edvard, cuyo talento y talante divergen en demasía del artista noruego, y cuya obra es muy difícil de encontrar fuera de Suecia: Anders Zorn y Karl Larsson. Fueron estos tesoros pictóricos del museo de Estocolmo los culpables de mi desaforado regocijo estético, pero también la mejor justificación que pude esgrimir para protegerme de las reclamaciones de Nora cuando inquirió acerca de las razones de mi retraso de media hora al encuentro convenido. Benditos los Dioses, ¡no me armó bronca! Ella, que funciona como un artificio de precisión cronométrica, que abomina cualquier tipo de impuntualidad e informalidad, esta vez se mostró comprensiva y hasta magnánima. De una de las muchas bolsas que sostenía en su

regazo sacó una camisa azul de seda y la puso en mis manos. “Te la pondrás para el concierto de esta noche”, dijo, mientras pedía la carta de vinos. Acepté gustoso su obsequio, a pesar de que sabía lo mal que lucen los colores oscuros sobre mi piel morena. En forzada reciprocidad, elogí cada una de sus costosas adquisiciones. Comprendí de inmediato que a fin de agradarla y con tal de seguir disfrutando de sus favores sexuales varias noches seguidas, tendría no sólo que aprovechar ese prolongado entusiasmo que ella me prodigaba en estos días de asueto en Estocolmo, sino que además debería someterme a cualquier sacrificio personal. “Un buen baño me caerá de perlas esta noche, noche inmejorable para estrenar mi camisa azul”, le precisé con énfasis histriónico. Volvió a sonreírme, aspiró una bocanada de humo y cruzó las piernas de modo que el muslo superior friccionó al inferior en repetidos y breves intervalos. (Señal inequívoca de que, muy probablemente, su producción de feromonas se prolongará por lo menos una noche más. Al instante, crucé los dedos.) Una vez finalizado el plato fuerte, Nora se mofó de que hubiera malgastado mi tiempo en la sala del museo dedicada a la “pintura galante” francesa del siglo XVIII. Y no obstante que estuve a punto de entrarle a la polémica, preferí quedarme callado. Tenía pavor de que, con dos o tres calificativos fulminantes, del tipo: “pintura cursi”, “obras mistificadoras”, “cuadros apologéticos del decadentismo aristocrático”, ella pudiera hacer trizas mi reciente predilección por ese estilo estético tan denostado por cierta crítica radicalizada y esnob. ¡Loada sea la paz! Antes de ir a tomar la siesta al hotel y a fin de procurar una mejor digestión, paseamos calmada y plácidamente a lo largo de la Strandvägen, avenida soberbia que no tiene desperdicio: por el costado izquierdo, imponentes casonas palaciegas se encontraban iluminadas por el sol veraniego del atardecer; en el derecho, la angosta lengua de mar, que al internarse sobre tierra firme conforma el bello puerto de Nybrokajen, emergía a lo lejos cual si fuera un manto acogedor y translúcido. Caminábamos cogidos de la mano, a pesar de que Nora, por costumbre, restringe el contacto físico de las pieles al ámbito de la intimidad. (¿Acaso sentía vergüenza por el hecho de caminar al lado de un tipo que apenas si le llegaba al hombro?) Al concluir el recorrido, el sopor alcohólico hacía estragos sobre nuestro desfalleciente estado anímico, así que apresuramos el paso rumbo a nuestro hotel en busca de un reparador descanso antes de emprender la tarea de acicalarnos con miras al concierto nocturno en el Palacio Real. Todavía con la modorra de la siesta encima, tomamos un taxi y apenas si llegamos puntuales a la explanada principal de la plaza. Nora lucía un vestido de cóctel color crema, satinado, escotadísimo; un chal blanco y bordado era la única prenda que cubría sus hombros robustos y bien torneados. En contraste, lo único destacable de mi atuendo era la novísima camisa azul que portaba debajo del viejo saco gris de lana, el mismo que suelo usar en situaciones de rigurosa formalidad. Ella sonreía a la gente que pasaba en torno nuestro, cual

avezada mujer cosmopolita, demasiado segura de sus evidentes encantos femeninos; yo, por el contrario, pretendía ocultar mi desasosiego mirando a nadie o fingiendo una lectura absorta del programa de mano. La muchedumbre –suecos en su mayoría- se agolpó al subir las escaleras; algunos escrutaban indiscretamente en todas direcciones y otros cuchicheaban sin parar mientras ubicaban sus respectivos asientos. De pronto, a la hora establecida, ante la augusta presencia de la Orquesta de Cámara, apareció el director seguido por un discreto aplauso del público. En seguida prevaleció el orden y el silencio como preámbulo del mágico pulular de aquellos acordes que comenzaron a esparcirse a través del histórico recinto: primero, la *Sinfonía N° 64*, de Joseph Hayden; luego, las *Iluminaciones*, de Benjamín Britten; y para rematar con broche de oro, las *Danzas concertantes* de Igor Stravinsky. Dos horas más tarde, Nora y yo salimos jubilosos y un tanto ensordecidos por la ruidosa respuesta de los melómanos al terminar la velada musical. La noche, por fortuna, todavía era joven. Teníamos hambre, así que nos dirigimos a la búsqueda de los antros que proliferan en la frenética zona de Södermalm. Ella se mostraba eufórica, como si le importara un bledo el fatigoso transcurrir del mundo. A mí, en cambio, me acosaba una preocupación muy particular: conseguir cualquier brebaje que tuviera virtudes afrodisíacas, alguna sustancia mágica capaz de impedir que desfalleciera el ánimo voluptuoso de Nora y que me facilitara asegurar un epílogo triunfal al retornar a nuestro hotel en la madrugada. La apuesta estaba echada. Extasiados ambos, deambulamos por entre las nocturnales cantinas de Estocolmo, saltando de una a otra, contagiándonos del bullicio altisonante e hipersexualizado de los jóvenes suecos, ávidos de consumirse a sí mismos al mismo tiempo que convertían en nada los cigarrillos y las cervezas. Al filo de la medianoche, mientras Nora hacia cola a las afueras del *toilette*, me decía a mí mismo que, si quería ganar la partida, estaba obligado a ingeniármelas con el objetivo de mantenerla inmersa en ese nicho de enfebrecida alegría tan poco frecuente en ella, pero evitando con cautela extenuarla en demasía. La incertidumbre me atosigó el resto de la velada: ansiaba tener una prueba más, esta sí indubitable, que reforzara mi recién adquirida convicción de que Nora y yo gozábamos otra vez de una pasión amorosa indómita y fuera de toda medida, tal como nos había ocurrido al principio de la relación, acicateados por ese insondable azar que dichosa y fatalmente nos había puesto frente a frente en Oslo. Absorto en angustiosas cavilaciones, recordé de pronto, como si con tal evocación concitara los buenos augurios, que no había sido una invención de mi mente calenturienta sino una verdad monda y lironda aquella arriesgada y riesgosa ocasión cuando, muchos meses atrás, ella y yo tuvimos la primera y descomunal compenetración de nuestros cuerpos y almas en el Museo Munch, recostados sobre la alfombra, al pie de su escritorio, a plena luz del día y en una oficina rodeada de cristales inmensos y limpísimos.

Tan pronto despertó, a eso de las diez de la mañana, Nora habló por teléfono al Museo Munch. Por supuesto, logró lo que se proponía. La excelstitud con la cual se desempeña laboralmente la vuelve una mujer indispensable y muy, pero muy consentida. Su jefe, Alaf Boe (suelo preguntarme si este hombre sabio, experto en pintura nórdica, algún día también estuvo enamorado de ella como yo lo estoy ahora), en seguida le concedió permiso para que extendiera sus vacaciones. “Diviértete querida y recupera tus energías” fueron las palabras ansiadas que recibió del ilustre maestro como gentil regalo. Al colgar su teléfono celular, Nora mostraba una felicidad desaforada, de la que jamás yo había sido testigo. Fue entonces que decidimos aprovechar la buena nueva y viajar de Estocolmo a Helsinki, una ciudad que siempre ha suscitado la mayor de mis curiosidades. ¿Por avión? Claro que no. Resultaba mejor idea, tanto por el menor costo como por el carácter singular de la experiencia, hacer la travesía en el inmenso ferry *Gabriela*, cruzar el mar Báltico durante la tarde y la noche, aprovechando al máximo la luz inextinguible del verano boreal. De esta manera realizaríamos un viaje grato y sosegado de 15 horas, tiempo holgado como para descansar, relajarnos y recuperarnos física y emocionalmente de la agotadora e indigesta francachela de la noche anterior. La mañana era un tanto fría, sin amenaza de lluvia. En silencio ingerimos un frugal desayuno. Un haz de atosigantes dudas me sacrificaba. ¿Acaso se notaba demasiado mi resentimiento? Detrás de mis ojeras, de la barba sin rasurar, del sudor copioso que mojaba mi camisa, de la inmensa modorra y la fastidiosa cruda, ¿percibía Nora la decepción que padecía, esa abismal frustración que me embargaba? Sin duda. Nunca he podido esconder mis estados de ánimo: ellos afloran súbitamente y me dejan al descubierto e inerme ante la maldad humana. Además de poseer una intuición femenina quintaesenciada, Nora ya me conoce hasta la médula: sabe que no me gusta “quedarme en blanco”, que no consigo conciliar el sueño si no me he desfogado sexualmente, que no considero valedero el día transcurrido si no se redondea la jornada con un triunfal y estruendoso coito. Lo sabe todo, absolutamente todo de mí. ¿Acaso merecía yo tamaño desaguisado la noche de ayer? Ella, la siempre apetecible y voluble Nora, al entrar en la habitación del hotel Astoria, justo cuanto intentaba besarla y desvestirla, me paró en seco. Su cara, descompuesta, semejava un foco rojo. Bastó que se mostrara exhausta, inmersa en la inconciencia etílica, sin la más remota posibilidad de que le brotara la cachondería, para percatarme de la firmeza de su desdén. La apuesta echada, mis fatuas ilusiones, las conjeturas fantasiosas, mi cursilería desbordada, todo ello se convirtió

de repente en un estrepitoso desastre. ¡Todo al carajo! Nora balbuceó incoherencias y hasta se portó agresiva conmigo: tiró del buró el texto engargolado con mis apuntes sobre Munch y, sin disculparse, soltó una carcajada. Para colmo de males, en ese aciago momento mi sangre todavía hervía de excitación sexual y pronto sentí en mi vientre la más cruel de las punzadas. Su mueca de asco me hizo comprender que sería imposible y hasta contraproducente tratar de forzarla: no sólo Nora odia cualquier indicio de violencia física en la vida cotidiana y máxime en la sexual, sino que además le encanta ser ella quien lleve la batuta a la hora de hacer el amor. Y cuando dice que no, se trata de un no rotundo, imperativo. ¡Maldición! Justo en ese malhadado momento, poco antes del amanecer, ella supo que se encontraba penosamente a merced de la embriaguez, y por eso mismo prefirió no exponerse al ridículo. (¿O lo hizo sólo para fastidiarme?) Mostrando su habitual maestría mujeril, Nora evitó que ambos entráramos al tortuoso juego de los reclamos y las disculpas; tampoco dio visos de tener culpa alguna. En silencio y completamente desnuda se tendió sobre la cama, se cobijó con las sábanas de seda transparentes y sin piedad alguna me dio la espalda. Un torso sinuoso, imantado, inmarcesible. Sentí una soledad abismal y fue entonces que la excitación se me esfumó, despavorida. A la hora buena y a manera de colofón, sin preocuparse de lo que yo sintiera o pensara, Nora había decidido escabullirse a través del sueño, entregarse al simple, trivial y reparador acto de dormir. Quedé a la deriva, testigo insomne de cómo la oscuridad de la noche se diluía en el alba luminosa de Estocolmo.